

Cerberero

Aarón Alejandro Romo Arceo

Aarón Romo

Cerberero



Capítulo 1

Sólo existe una máquina dispensadora de agua en el pueblo rasgado por el olvido del país y la agenda de saqueo del político en turno. Y hay un perro que la custodia. No hay collar corrompiendo su cuello, así que puedo deducir que la calle es su madre y ama, y que ninguno de los 341 habitantes del pueblo reducido al abandono poseía los ladridos del perro dentro de algún pasillo de concreto agrietado dentro de su casa despintada, y vestida de grumos grises y gordos, que dejan marca en la mano ociosa que acaricia su concreto nato.

Hoy, un vecino fue con su garrafón de 20 litros vacíos hasta la dispensadora automática. El perro mantenía el estómago contra el piso tibio, presa de la sombra piadosa y el sol iracundo y pendenciero. Como un resorte recién oprimido sobre la mesa, el perro saltó. No quería que lo acariciaran, no quería olfatear. Quería que sus colmillos mordieran el calor del viento, y tiene que sacarlos para que eso pase.

–Tranquilo, muchacho – dijo el vecino tras el primer gruñido; el ladrido emergió después.

–Quieto, muchacho – instintivamente, el vecino tomó una piedra de aire apenas rozando el suelo y lanzó la nada esperando que el perro retrocediera. Cuando tomó una piedra de verdad y vio que el perro no retrocedió de ninguna forma, decidió irse, sin agua.

Tengo sed, y tres garrafones llenos de agua más veinte botellas de 1 litro que conseguí en la ciudad. Ningún vecino tiene coche, sólo yo. Nadie iría por agua hasta la ciudad que está a siete horas a pie, el agua se la beberían en el camino, y si hay algo más voraz que el hambre es la sed. El primer vecino quiso volver por agua al medio día. Lo vi regresando a su casa con el garrafón vacío. Me asomé a la máquina. El perro blanco y grande veía, victorioso, al vecino marcharse.

–No se pudo otra vez, vecino – le dije. No fue pregunta.

–Sí, pinche perro, no sé qué le pasa, y tengo miedo de que este rabioso o algo, si me muerde y me contagia, ya me chingó.

La única clínica que hay en el pueblo es la que se quedó en obra negra. Las únicas funcionando y con medicamentos hasta para el VIH estaban en la ciudad. Yo podría conseguirlas.

-¿Le queda agua en su casa? – pregunté.

-Sí, medio garrafón, pero ya se está acabando y está bien caliente el agua. Mi mujer se va a enojar si no traigo más.

Luego, exhalé.

-¿Y si le vendiera un garrafón de agua, vecino?

Me miró como un niño.

-¿Es en serio, vecino?

-Sí, cincuenta varos y se lo traigo ahorita mismo.

Luego, me miró como un cachorro.

-Está muy costoso, vecino, si por siete me la dan en la máquina.

-Yo por cincuenta se lo doy sin perro.

-Gracias, pero no – se fue.

El vecino volvió a acercarse a la máquina. El perro le gruñó.

-¿Y a ti qué te pasa, cabrón? – le dijo al animal, que no ladraba. Sus colmillos

salivaban demasiado.

Llevaba un bote de galón. Se mantuvo a un metro del codicioso animal. Si lo rompía, de verdad íbamos a necesitar esa clínica. Lanzó un ladrido, casi queriendo morder la pierna del vecino como si se tratara de la extremidad de un pollo muerto convertido en fritanga. El hombre se fue. Me quedé mirando al perro.

El vecino regresó después, con un machete y su bote de galón.

Ahora, había dos perros.